

**C**UANDO Miriam tenía cuatro años, cruzó el río con su madre y su hermana pequeña. Lo importante era no hacer ruido. Eso lo comprendió muy claramente porque su madre se lo había explicado; pero como es natural su hermana era demasiado pequeña para darse cuenta del peligro que corrían, de modo que su madre tuvo que atarle un pañuelo en la boca para asegurarse de que no se echaría a llorar cuando estuviesen en mitad del río.

Después de cruzar la frontera, se sentaron juntas en la orilla, se cambiaron de medias, poniéndose las que llevaban secas en la bolsa, y se volvieron hacia Polonia un momento. Poco después, su madre dijo que no debían mirar hacia atrás, o se convertirían en estatuas de sal, como la mujer de Lot al abandonar Sodoma; y emprendieron su largo viaje.

La siguiente vez que tuvieron que irse, Miriam contaba diez años. Fue en 1933. Su madre dijo que no había razón para permanecer en un país donde te insultaban en la calle. Les iría mejor con el vecindario si se iban a Francia, donde la gente era educada con los demás.

Así que se marcharon a Francia. Al principio alquilaron un modesto pisito en una casa de vecindad, en París. Al otro lado del pasillo vivía una familia de ocho miembros. La noche en que llegaron, oyeron gritos en frente, y Miriam se asustó. Creyó que iba a venir la policía a detenerlos; pero su madre le explicó que sólo se trataba de unos vecinos que se estaban peleando. La escena se repetía cada vez que el marido bebía más de la cuenta, lo que ocurría con frecuencia. En los intervalos entre estas peleas, parecían llevarse bastante bien.

—¿Solía pegarte mi padre cuando estaba bebido? —preguntó Miriam.

Su madre dijo que «hay cosas que no comprenderás, hasta que seas un poco mayor».

Miriam reflexionó...

—Creo que no voy a querer marido, si la tratan a una de esa manera —concluyó.

—No hace falta que tomes una decisión tan pronto. Tienes tiempo todavía —dijo su madre.

**E**N 1938 —el año de Munich— se mudaron de nuevo. No tuvieron que abandonar el país esta vez. Siguió en París, pero ahora su madre tenía un puesto de costurera en el sector de confección, y pensó que esto le permitía alquilar un nuevo apartamento, algo más grande que el anterior. Miriam tenía ahora quince años, y era lo bastante mayor como para tener su propia habitación.

Una noche, al poco tiempo de instalarse, se despertó y oyó otra vez aquellos gritos. Pero sonaron lejanos, y se preguntó si no habría sido una

# EL BRUTO DE DETRAS DE LA PUERTA

THOMAS G. BUCHANAN

pesadilla. Se levantó y se dirigió a la puerta del vestíbulo con objeto de averiguar de dónde provenía el alboroto que había oído; pero su madre estaba ya en la puerta, en camión.

—¡Miriam, deberías estar en la cama! —le dijo la madre—. ¿Te das cuenta de la hora que es? Son casi las dos. Mañana tienes que ir al colegio.

—Me ha parecido oír gritar a alguien —declaró Miriam.

Ya no se oía ninguna voz.

Tres noches más tarde, se volvió a despertar... y no había error esta vez. Alguien, en el último piso, había empezado a gritarle histéricamente a otra persona, aunque Miriam no llegaba a oír las palabras de esa otra. Luego sonó el ruido de un cuerpo al caer, y después un portazo. Alguien bajó quejándose, desde el sexto piso al segundo, donde vivía Miriam. Esta se levantó y echó a correr hacia la puerta. Su madre le cortó el paso igual que la vez anterior.

—Yo iré a ver —dijo a su hija, y salió al pasillo. Miriam oyó a su madre hablar con otra mujer; pero la conversación era tan baja que no logró entender lo que decían.

—Era sólo una pelea doméstica —dijo su madre cuando volvió a entrar en el apartamento—. No es nada que nos incumba.

—Pero yo la oigo llorar —protestó Miriam.

—Pero no ha sufrido nada grave —dijo su madre—. Es más su dignidad lo que le han herido. Vive con un hombre que le ha echado y le ha dicho que no vuelva hasta mañana por la mañana.

—¿Y no tiene adónde ir? —preguntó Miriam.

—Bueno —dijo la madre—, no lleva puesto más que el camión.

Miriam meditó un instante.

—Podría dejarla que durmiese en mi cama —sugirió.

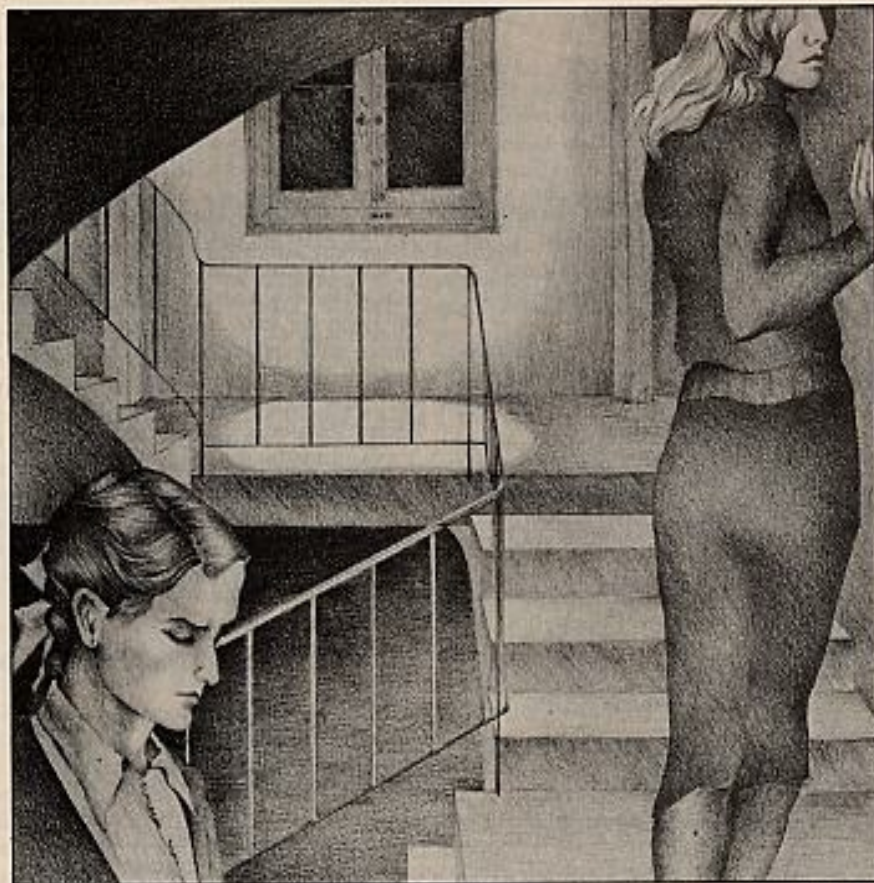
Fue la primera vez que Miriam vio enfadarse a su madre de verdad:

—¡Escucha, esta gente vive aquí! No quiere que nos entrometamos —exclamó.

Miriam oyó gimotear a la mujer junto a la puerta toda la noche; pero por la mañana se había ido. Debíó de regresar a su apartamento.

Pero esa tarde, al volver del colegio, Miriam vio a una mujer con una bolsa de la compra, que subía delante de ella.

Era una mujer alta, gruesa, rubia, de rasgos nórdicos y que aparentaba unos treinta años de edad. Evidentemente sería muy guapa cuando no tuviera un ojo hinchado y un labio partido.



ILUSTRACION: FUENCISLA DEL AMO

Los vecinos creían que probablemente era prostituta... o lo había sido. Pero no era francesa: de eso estaban completamente seguros. Aunque casi no hablaba con nadie, decían que tenía acento extranjero. La mayoría creía que era de algún país escandinavo, aunque había quien opinaba que podría ser alemana, holandesa o inglesa.

Recibía unas tres palizas por semana, y el desarrollo de la escena no variaba jamás: sonaban voces airadas en el apartamento; la arrojaban al pasillo, y se quedaba unos momentos tendida en el suelo, atontada; después, bajaba lentamente las escaleras y pasaba la noche allí, en camisón.

—¿No la deja entrar nadie en su apartamento, y le dan un sitio donde dormir? —preguntó Miriam incrédula.

—¡Por supuesto que no! Si lo hicieran, el hombre con el que vive bajaría y los mataría.

**T**ODOS estaban de acuerdo en que no era una vana amenaza. El inquilino del último piso era un gigante, que, según decían, se había escapado de la cárcel valiéndose nada

menos que de sus enormes manos, con las que había estrangulado a un guardián, arrancado los ojos a otro y desarmado a un tercero, al que luego había convertido en su rehén y poco más tarde lo habían encontrado con el espinazo roto. Decían que la policía sabía dónde estaba, pero que les daba miedo venir a cogerle porque tenía una ametralladora. Pero nunca salía de casa; nadie le había visto alejarse más allá de unos pasos de la puerta de su apartamento.

—Sin esa mujer que sale a traerle comida, se habría muerto de hambre —decían los vecinos.

—¿Por qué no escapa ella? —preguntó Miriam—. Si alguien me pegara de esa manera huiría. No viviría ahí —reflexionó un momento—. ¿De dónde saca ella el dinero para comprar comida? No parece que tenga trabajo, y las cosas están muy caras.

—Ella sabe la forma de pagar lo que compra. ¿Pregúntaselo al tendero! —dijo una. Las otras se echaron a reír.

—Aunque eso sea verdad, lo hace por él. No entiendo por qué le pega entonces —repuso Miriam.

Decidió averiguar este asunto personalmente. La siguiente vez que vio salir a la mujer alta y rubia, subió las escaleras, se detuvo un instante en el sexto descansillo y se quedó quieta hasta que recobró el aliento. No

quería que el bruto de detrás de la puerta creyese que estaba nerviosa. Luego llamó con firmeza.

Oyó acercarse pasos. No eran tan pesados como esperaba, pero la figura que apareció en el umbral era más grande aún de lo que había imaginado... y tenía la cabeza completamente calva. No estaba preparada para una visión así. El hombre la miró en silencio, no le preguntó siquiera qué quería.

—Tengo que hablar con usted —dijo Miriam—. ¿Me permite que pase? No quiero que los vecinos oigan lo que tengo que decirle.

El hombre dejó entrar a la chiquilla en la habitación, y cerró la puerta tras ella.

—Se trata de la mujer con la que vive usted —informó Miriam.

—¿Ha sufrido un accidente, le ha pasado algo? —preguntó el gigante.

Era la primera vez que le hablaba.

—No —dijo Miriam.

En realidad, no había planeado la conversación, y ahora no sabía exactamente qué decir.

—¿Te manda a que me traigas un recado? —preguntó su anfitrión con una creciente amenaza en su tono.

—No, no es eso —dijo ella.

—Bueno; entonces ¿qué es? —gruñó el gigante.

—Es que... no soporto oírle gritar.

—Pues será mejor que te compres unas orejeras —replicó él—. Porque grita una barbaridad.

—Bueno, pues no puedo soportarlo; y la próxima vez que la oiga...

—¿Qué harás? —la interrumpió él, acercándose lentamente—. ¿Ir a contárselo a la poli?

—Claro que no. La haré entrar en mi habitación. Pero he pensado que quizá es mejor que lo sepa usted —anunció desafiante.

Hubo un silencio.

—¿Cuántos años tienes, criatura? —preguntó el gigante en tono suave.

—Dieciséis —dijo Miriam.

—¿Sabes los que tengo yo?

—No; no lo sé.

—Cincuenta y siete... ¿Te das cuenta de que no hay en toda esta casa de apartamentos quien se atreva a hacer una cosa así? Naturalmente, tú eres nueva aquí, y supongo que nadie te ha dicho todavía quién soy.

—Sí, si me lo han dicho —contestó ella.

—¿Y te atreves a venir a meterte en donde no te llaman?

—No soporto los gritos —repitió ella.

—Seguramente crees que la pego sin ningún motivo...

—No le pido que me cuente nada. Es que no puedo soportar los gritos.

El hombre se acercó a la puerta, y estrelló su puño contra la madera. Luego, como si Miriam no estuviese allí ya, contestó:

## EL BRUTO DE DETRAS DE LA PUERTA

-Yo tampoco los puedo soportar.

-Bueno -dijo ella-: ahora creo que será mejor que me marche. Eso es todo lo que quería decirle.

No podía salir. El gigante le obstruía la puerta. Estaba de espaldas a ella, y parecía haberla olvidado por completo. Unos minutos después pasó junto a ella, se dirigió a la ventana, y se puso a mirar hacia la calle, Miriam se retiró, y cerró la puerta tras de sí.

Esa noche volvió a haber gritos. Ella había esperado que no se repetirían. Era una de esas ilusiones que se tienen a su edad. Uno imagina que las cosas pueden ser mejores, pero no es así.

Fue a la puerta y salió al pasillo de puntillas. En el pasillo, oyó sollozar blandamente a la mujer extranjera, y le preguntó:

-¿Quiere entrar, y dormir en mi habitación?

Pero la mujer alta y rubia negó con la cabeza.

-A mí no me da miedo él -insistió Miriam.

La mujer asintió.

-Sí, lo sé. Me lo ha contado. Y me ha dicho que te diga que si alguna vez te ves en apuros, que vengas a casa; que él te protegerá.

Miriam se quedó desconcertada.

-Entonces, ¿no está furioso conmigo?

-No; de ningún modo.

-Pero sigue pegándole a usted -dijo Miriam.

-No es lo mismo. Lo hace porque se pone celoso. También me protege. Es muy complicado. Quizá lo comprendas cuando seas un poco mayor.

-¿De veras no quiere pasar la noche conmigo? -preguntó Miriam.

-Estoy castigada -dijo la mujer, como si eso lo explicara todo-. Pero siento haberte despertado.

Los alemanes entraron en París seis meses más tarde, y la policía francesa empezó a detener a todos los judíos extranjeros. Una noche, llamaron a la puerta.

-Yo abriré -dijo Miriam.

Su madre entró en el dormitorio con la hija pequeña y empezó a hacer la maleta... metió en ella las pocas cosas imprescindibles que necesitaria en la prisión. Había estado esperando esto. Los vecinos las miraban extrañamente.

No era la policía francesa... esta vez. Era el bruto del sexto. Era la primera vez que Miriam le veía en su piso. Se quedó en el umbral, mirándole.

-¿Me permites que pase? -preguntó él-. Tengo que decirte algo y no quiero que me oigan los vecinos.

Cuando ella le hubo dejado pasar, dijo:

-No puedes seguir aquí. Supongo que lo sabes. Un día de estos vendrán a deteneros.

-Sí, lo sé -dijo Miriam.

-¿Recuerdas lo que te dije una vez? Que si algún día te veías en apuros me lo dijeras, que yo te ayudaría.

-Lo recuerdo -respondió Miriam gravemente.

-A mi casa no vendrán a buscarte. Allí no sube nadie, a menos que yo quiera.

-No puedo hacer una cosa así -dijo ella-. Sería demasiado peligroso para usted.

Su madre, entretanto, había terminado de hacer la maleta.

-¿Qué piensas tú? -preguntó la hija, cuando se marchó el visitante.

-No creerás que te voy a dejar que vivas con ese hombre, para que haga de ti una prostituta -contestó la madre-. No quiero pasar aquí una noche más. En cuanto amanezca y cese el toque de queda, nos iremos directamente a la Zona libre. No te preocupes. Estando juntas, no nos pasará nada.

Unas manzanas más allá les pidieron la documentación...

**N**O consiguió regresar a París hasta terminada la guerra. Subió las escaleras y, al llegar al sexto, llamó a la puerta. Se abrió, y para su sorpresa, el hombre que apareció no era el gigante que había esperado, sino un soltero inofensivo y bajito que había vivido enfrente de ella, al otro lado del pasillo, cinco años antes. Nunca había tenido mucho contacto con él, aunque siempre solía saludar cortésmente a su madre, cuando se cruzaban en la escalera. Le dijo que muchas veces se había preguntado qué habría sido de ella, y la invitó a entrar en su alojamiento; parecía muy orgulloso de todos los pequeños objetos que tenía instalados.

Naturalmente, recordaba al hombre que había habitado allí, antes: el bruto que tenía aterrorizados a los demás inquilinos. Poco después de marcharse ella, había venido la policía a detenerle. Alguien de la casa le había denunciado.

-¿Y su mujer? -preguntó Miriam-. ¿La detuvieron también?

-¿Se refiere a la prostituta con la que vivía? -dijo su anfitrión, y sorbió un poco de café de su taza-. Estaba en la calle cuando llegó la policía. Eran lo menos una docena. Cuando vio que rodeaban la casa, echó a correr escaleras arriba para avisarle. Y cuando subieron, él les estaba esperando. Empezó a disparar, hasta que se quedó sin munición. Luego, los que no habían caído heridos entraron y le mataron. Entonces agarraron a la mujer y ella se puso a chillar: «¿Por qué no me matáis a mí también?» Recordará usted cómo solía gritar, cuando él le pegaba.

-Sí, lo recuerdo.

-Esta vez gritaba más. No paraba de pedir que la mataran. Cuando terminaron con ella, le dijeron que se vistiera. Luego la bajaron a rastras y la metieron en un coche de la policía.

-¿Dónde piensa que estará ahora?

-Supongo que seguirá practicando su profesión en alguna parte... -hubo un breve silencio-. ¿Cómo está su madre? -preguntó cortésmente a continuación.

-Murió.

-Lo siento muchísimo. Era una mujer agradable. Siempre estaba dispuesta a hacer un favor. ¿Fue... de repente?

-Muy de repente.

-¿Cómo está su hermana pequeña? -preguntó el antiguo vecino, tratando desesperadamente de buscar un tema más alegre-. ¿Supongo que ya estará hecha una mujer!

-No -dijo Miriam.

-¿Quiere decir que... le ocurrió algo a su hermana, también? -preguntó sinceramente horrorizado.

-Sí, le ocurrió algo -replicó Miriam-. A unas manzanas de esta casa, el día que nos fuimos... -se quedó callada un momento-. ¿Dice que alguien de la casa denunció al hombre que vivía aquí? -preguntó ella de repente.

-Era un criminal -replicó el antiguo vecino, inquieto-. Un asesino. Fue un servicio a la sociedad, informar a la policía de dónde podían encontrarle.

-¿Quién cree que fue? -preguntó Miriam, levantándose ya para marcharse.

-Yo no me meto en lo que no me importa -contestó el hombre, mientras cerraba suavemente la puerta, detrás de ella. ■ T. G. B. (Traducción: Francisco Torres Oliver).